

En homenaje a Henry Fischbach (1921-2008)

Cristina Márquez Arroyo*

Escribo este homenaje con tristeza y nostalgia. Tristeza por la pérdida de un ser extraordinario que contribuyó como pocos lo han hecho a la traducción médica como actividad profesional en los Estados Unidos. Nostalgia porque sé que ya no habrá más charlas frente al té de las cinco o a un Häagen-Dazs de avellanas, contemplando el paisaje del valle del río Hudson desde el comedor diario o el porche de su casa. ¡Qué placer era disfrutar de un atardecer conversando con Henry y Stefi, su esposa durante 62 años!

No olvidaré nunca algunos de sus comentarios sobre la traducción y los traductores. Siempre agudos, siempre acertados. Rescato algunos entre las notas que no utilizamos en la entrevista publicada en el número 25 de *Panace@* (<<http://tremedica.org/panacea.html>>) y los traduzco para nuestros lectores. Creo que mi mejor homenaje a Henry es compartir algunos de esos pensamientos con ellos.

Cuando uno se dedica a aprender idiomas, realmente no aprende a traducir. Como mucho, se aprende a enseñarlos. Traducir... ¡es otra cosa!

La calidad es todo lo que importa. Y la arrogancia de creer que nunca nos equivocamos es todo lo que hace falta para fracasar en esta profesión.

El inglés es fascinante por su espíritu enriquecedor; toma préstamos del francés, el alemán, el español, el latín... sin perder su capacidad de síntesis. Tal vez porque para los ingleses siempre fue importante ir al grano y decir exactamente lo que querían decir, aunque fuera con una palabra extranjera.

Lo más fascinante son los intraducibles. El inglés no tiene problemas en importar palabras de otros idiomas y adaptarlas. Algunos lingüistas demasiado puristas no entienden que pedir prestado un término no solo permite la equivalencia correcta en el idioma de destino, sino que también enriquece el vocabulario de sus lectores.

El *Spanglish* es un fenómeno que no deja de fascinarme. Mis estudios de Lingüística Comparada me permiten analizar el constante intercambio de términos entre el español y el inglés que los inmigrantes hispanos usan para entenderse, y también comprender por qué recurren a ese híbrido, aun cuando lo denuncien como impropio.

El *Sputnik* cambió mi vida. Hizo que Estados Unidos comprendiera el alcance de los avances científicos en Europa. La mentalidad del momento era que si esa

gente había puesto el satélite en el espacio, algo debían saber aunque no escribieran en inglés. Eso me permitió dedicarme a traducir y mantener una familia haciendo lo que más me gustaba.

Soy el único firmante del acta constitutiva de la ATA que todavía camina por esta vida. La única ventaja de la longevidad es que otorga cierta clase de autenticidad a todo lo que uno dice. Aunque no siempre; ya quedan muy pocas cosas que no se hayan dicho antes.

La traducción médica es la que dispone de más recursos de investigación. Como traductor especializado, siempre me aseguré de tener varios amigos médicos, para no aburrir a uno solo con mis consultas. En mi época, sin Internet, también se llevaban bombones de vez en cuando a las bibliotecarias que ayudaban con las búsquedas terminológicas. En algunos casos, yo llamaba por la mañana con mis dudas y por la tarde el libro estaba esperándome en algún escritorio.

El traductor no puede generalmente darse el lujo de consultar con el autor. Es muy raro trabajar directamente con un investigador y tener contacto directo con él. Por eso, ante una duda, debe consultar todos los recursos disponibles, verificar sus fuentes y analizar la traducción final según sus conocimientos del tema. Si algo no coincide o si intuye una contradicción, su sexto sentido debe indicarle que va por mal camino. Eso es lo que se llama trabajar en una buena traducción, en una traducción de calidad.

Una buena traducción lleva mucho tiempo, por eso es más cara que una traducción mediocre.

¿Cómo puede un cliente preguntarle a un traductor por qué la traducción de un artículo científico de una página es más cara que la de una partida de bautismo que tiene tres? Eso sucede, a mí me pasó varias veces. Mi consejo es no amargarse, solo pasar de ellos.

En todos los campos de la traducción, no solo en el de la medicina, el traductor tiene la obligación de saber qué es lo que no sabe. Tiene que tener la curiosidad intelectual y el sentido común que le permitan revisar su traducción y descubrir de repente un disparate.

Henry Fischbach, socio fundador de la American Translators Association e impulsor de la traducción médica como profesión en los Estados Unidos, falleció en Garrison (Nueva

* Traductora científico-técnica. Newburgh (Nueva York, Estados Unidos). Dirección para correspondencia: carroyo@attglobal.net.

York) el 25 de septiembre pasado. No había perdido su curiosidad intelectual, aun después de perder la facultad del habla. Jubilado a los 85 años, seguía siempre al toque para resolver una duda, buscar un término en alguno de los diccionarios de su magnífica colección o echar una mano si alguien se lo pedía.

La entrevista que concedió a *Panace@* fue su último aporte a la comunidad de traductores médicos. Durante varios meses le dedicó tiempo, rescatando escritos viejos, recordando y recuperando anécdotas y revisando la versión final. Jun-

to con Stefi, su «esposa, revisora, mecanógrafa y secretaria», como me explicó un día, me regalaron también inolvidables momentos en su casa siempre acogedora, ante una taza de té o un helado de avellanas. Sobreviviente del Holocausto, Stefi fue un ejemplo de bondad a lo largo de su vida y partió solo unos meses antes que él. El legado común de ambos es el testimonio de generosidad y altruismo con que vivieron a pesar de las adversidades. A los dos, mi más sincero agradecimiento y mi recuerdo siempre.

Sobre falsos neologismos y cambios conceptuales (II): fisiología

Francisco Cortés Gabaudan

Los diccionarios de griego definen φυσιολογία como ‘el estudio de los fenómenos naturales’. En efecto, ese es el significado que tiene la palabra en Aristóteles. No coincide, o solo muy parcialmente, con el significado moderno. Esta discrepancia se suele solucionar considerando que el nuevo significado de la palabra se fue desarrollando a partir de su reintroducción en el Renacimiento, y se cita de nuevo a Jean Fernel como introductor del nuevo significado o incluso como quien lo creó. Creemos que se puede matizar mucho esa manera de ver las cosas. El primer elemento de este término compuesto, *phýsis*, significa ‘naturaleza’, sí, pero también, en medicina, ‘constitución’, ‘temperamento’. No debe, por tanto, extrañarnos que el compuesto signifique en médicos griegos algo distinto a lo que dice Aristóteles. Según Sorano, lo usaban los discípulos de Asclepiades de Bitinia (129-40 a. C.), es decir, los partidarios de la escuela médica metódica, entre los que se incluía el propio Sorano. Estos médicos metódicos sostenían que en el estudio de la enfermedad y su curación se distinguían tres disciplinas, la *physiología*, la *aitiología* o ‘estudio de las causas’ y la *therapeía*, es decir, la ‘terapéutica’, como comprobamos en la cita anterior de Sorano. La *physiología* era el estudio de los elementos constitutivos de la naturaleza humana o *phýsis*. Porque para ellos no bastaba enfrentarse a la enfermedad como hacían los empíricos, fijándose solo en la eficacia de los tratamientos, necesitaban primero establecer cuál era la constitución humana y, a partir de ahí, las causas de la enfermedad. Y este era un proceso puramente teórico.

Son muchos los pasajes de Galeno (siglo II) que reflejan esta forma de entender el término *physiología*. Así cuando señala en su *De Methodo medendi* (Kühn, X, 107): «bastaría decir esto: que hay que poner la arteria, la vena, el nervio, etc., como principios inmediatos de la *physiología* que está en relación con el hombre». Esa es la clave, existe una *physiología* del hombre que trabaja a partir de sus elementos constitutivos, los elementos anatómicos, igual que Aristóteles hablaba de una *physiología* general que explicaba el origen de todo lo que existe en la naturaleza.

Esta forma en que entendían la palabra pasó a la Edad Media. Así, Du Cange, en su *Glossarium mediae et infimae latinitatis* (París, 1883-1887), documenta *physiologus* como ‘médico que se preocupa de la naturaleza del hombre’. Jean Fernel, que pasa para muchos por el creador del significado médico de *fisiología*, en 1542, solo continuó una tradición que se remontaba, por lo menos, al siglo I d. C. y que se había mantenido hasta ese momento sin solución de continuidad. En realidad, Fernel era un gran lector de Galeno y de otros médicos antiguos y conocía de primera mano el uso que hacían ellos de esa palabra. La obra de Fernel empieza con una descripción anatómica (huesos, cartílagos, músculos, tendones, nervios, venas, etc.); una vez establecida esta, es momento de pasar a la fisiología

Una vez que hemos descompuesto el cuerpo humano anatómicamente en sus partes evidentes a los sentidos, es momento de pasar a aquello que solo se aprende mediante el razonamiento; tenemos que investigar de qué elementos está constituida cada parte, cómo se entremezclan, cómo se equilibran, cuáles son sus capacidades y propiedades, por qué hálito y calor se mantienen. Una vez que el análisis haya descubierto y percibido todo esto, se hará claro, por el orden de su composición, cuáles son las causas eficientes que hacen que se generen humores, cuáles son las funciones de cada parte y cuál es el gobierno natural de todas ellas; así se conformará una fisiología completa que establezca una teoría natural del hombre por la fuerza de la demostración. [*Physiologia* (inicio del libro II), París, 1567.]

En un excelente artículo en *Stud. Hist. Phil. Biol. & Biomed. Sci.* 33 (2002) 631-665, A. Cunningham contrapone el concepto antiguo de fisiología como disciplina teórica al moderno (a partir del siglo XIX), que la concibe como una ciencia experimental, y demuestra con total claridad que Fernel revitalizó el concepto de fisiología de los antiguos como disciplina exclusivamente teórica que solo se servía del razonamiento filosófico. Este concepto de fisiología siguió, después de Fernel, durante 250 años.

El concepto actual de la fisiología experimental se debe a autores franceses de principio del siglo XIX, como A. Richerand o F. Magendie, que escribía en 1826: «mi principal objetivo ha sido contribuir a la introducción del método inductivo de Bacon en la ciencia de la fisiología».

© Francisco Cortés Gabaudan. <www.dicciomed.es>. Universidad de Salamanca (España).